



De animales y también de hombres

Casalins, Gabriela (2009): *Animalia*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen, pp. 89.

Adriana Coscarelli*

Nunca quien reseña o comenta un libro, aunque lo intente, puede siquiera acercarnos la experiencia de leerlo: ese diálogo tan íntimo con el lector que instala sólo quien lo escribe, a través de su narrador, sus personajes, sus historias.

Cada lector, incluso, deberá encontrar su ritmo, su respiración y forma de lectura, pues tal como dice a través de sus personajes José Saramago:

No sirve la misma forma para todos, cada uno inventa la suya, la suya propia, hay quien se pasa la vida entera leyendo sin conseguir nunca ir más allá de la lectura, se quedan pegados a la página, no entienden que las palabras son sólo piedras puestas atravesando la corriente de un río, si están allí es para que podamos llegar a la otra margen, la otra margen es lo que importa, A no ser, A no ser, qué, A no ser que esos tales ríos no tengan dos orillas sino muchas, que cada persona que lee sea, ella, su propia orilla, y que sea suya y sólo suya la orilla a la que tendrá que llegar... (Saramago, 2000: 56-57).

En el caso de *Animalia*, colección de cuentos escritos por Gabriela Casalins, esa travesía llevará al lector por una corriente cargada de poesía, erotismo, fantasía y realidad.

Si empezáramos por el título, podríamos creer en principio que se trata de una serie de relatos en torno a animales; sin embargo, “animalia” alude también a los seres dotados de respiración o soplo vital, es decir, de ánima.

Seres vivos donde lo animal aparece de manera manifiesta u oculta, donde lo bestial irrumpe a partir de lo humano metamorfoseado. Por eso nos resulta difícil a veces distinguir dónde termina el hombre y

* Adriana Coscarelli es profesora en Letras (UNLP), docente e investigadora de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), especializada en la enseñanza de español lengua extranjera (UBA). Actualmente es profesora de Lengua y Literatura en el Liceo V. Mercante (UNLP), profesora de Español II en la Escuela de Lenguas (UNLP), profesora de Técnicas de Expresión en Castellano de la Facultad de Humanidades y profesora del Taller de Comprensión y Producción de Textos I en la Facultad de Periodismo (UNLP). Autora de *Entre cielo y tierra*, *Haiku* y otros poemas.
adriana.coscarelli@gmail.com

dónde comienza la bestia; dónde la realidad y dónde los sueños; dónde la razón y dónde el inconsciente.

Ese soplo o ánima que alienta a esta multiplicidad de seres que pueblan diferentes espacios, agrupados según los elementos arquetípicos clásicos usados desde la antigüedad para explicar los patrones de la naturaleza, en relación con el estado de la materia, y que determinan la estructuración del libro en cuatro partes: “Terra”, “Aqua”, “Aër” e “Ignis”, es decir, tierra/sólido, agua/líquido, aire/gaseoso y fuego/plasma. Pero más allá de esta impronta de la cultura occidental, observamos a modo de complemento la influencia de la concepción oriental según la cual serían, por otra parte, tipos de energía en un estado de constante flujo e interacción. Opuestos complementarios, elementos que siempre se integran en busca de la unidad y, al mismo tiempo, la totalidad, de lo fugaz y eterno, de la vida y de la muerte.

No es casual, por lo tanto, que en esa dualidad, lo animal aparezca ya desde los primeros cuentos íntimamente ligado a lo humano: ya sea a través de personajes que se fusionan o metamorfosean con animales como Clara o Martín Etchegoyen, adquiriendo un tinte mitológico; u hombres que albergan en su interior a la bestia por sus conductas, como el que viola a su hijastra una vez que su madre ha muerto.

Y entre ambos tipos de relato, el lirismo y la ambigüedad de “Ostinato”, cuento que tal vez nos revele la clave de los personajes de esta primera parte que adheridos en apariencia a la tierra, en un ámbito de arroyos, tractores, arados, caballos, vacas, soja, polvareda y monte, sienten la tensión de la vida como camino, la inquietud del horizonte “que no lleva a pensar más que en una eternidad sin cambios”, ni diferencias, porque “el afuera y el adentro resultan la misma cosa (,,,) el atrás y el adelante son iguales” y “el destino es huir con rumbo fijo, en línea recta a ningún lado, porque todo lugar termina por ser uno y el mismo”.

Los relatos de “Acqua”, a su vez, nos introducen en un ámbito de hipocampos, dragones acuáticos y medusas; burbujas, escamas, nubes de arena y espuma: una sirena que duerme en el silencio de las olas, mientras “las hebras de su pelo tejen telas de corales blancos” en el fondo del mar; la legendaria mujer de “Sealkit” que recupera su piel de foca y se zambulle en las aguas siguiendo su llamado porque la atracción del mar se vuelve más fuerte que cualquier vínculo terrestre, y otra vez la metamorfosis como imagen ineludible, de gran belleza: “esa piel trepándole los muslos y la caída del cuerpo sobre la arena mojada”.

Resulta frecuente, por otra parte, la irrupción de lo fantástico en la realidad cotidiana: característica que reaparece en los cuentos de “Aër”: un hipogrifo estallando sobre las ramas de un duraznero a la hora de la siesta en medio de travesuras y rituales infantiles; una mujer profesora de literatura con aires de intelectual y manías ocultistas, bastante inquietante por cierto, sobre cuyas espaldas finalmente eclosionan dos alas en torción y así metamorfoseada sube al cielo acompañada por su risa estridente, tan perturbadora como ella misma.

Extrañas urdimbres bajo formas diversas, tan sutiles e intrincadas como nuestra mente: telarañas que tejen los humanos en la manipulación de otros y que terminan por atraparlos a ellos mismos; tramas que dibujan un destino ineludible, una experta tejedora que nos permite reencontrarnos con pares de opuesto y complementos porque “sólo desde la observación del caos del atrás podía comprenderse, al menos en parte, la belleza suprema del derecho”. También la soledad y el encuentro, la pasión vital y la muerte.

Vuelve a destacarse en el cuento “El castigo” lo bestial en lo humano; el crimen y la venganza dentro del ámbito familiar: tres hijas convertidas en una suerte de Erinias, personificaciones mitológicas de la venganza, que torturan la mente de su padre hasta el punto de la confesión y la entrega, cuando la causa ya estaba prescripta.

Y por último, la cuarta parte, “Ignis” que, en realidad, debería ser el principio. Efectivamente, en “Draco”, se concentra la génesis de la obra: la creación a partir del peso de lo onírico y lo inconsciente. Animal mitológico por excelencia, ser poderoso y de gran sabiduría. Con una amplia gama de simbolismos y gran poder espiritual en muchas culturas, el dragón implica siempre una prueba, elementos perturbadores presentes en un lugar o en el hombre mismo. Recordemos que a él se enfrentaron Apolo, Cadmo, Perseo y Sigfrido; también San Jorge y San Miguel arcángel.

Una galería de dragones, personajes de estos cuentos, que irrumpen con la fuerza y la mutabilidad de los colores de un caleidoscopio. Habitantes de un mundo onírico muy surrealista; personajes que varían de color y de temperamento: unos pardo-verdosos, bondadosos, sabios y comprensivos, que viven en bosques y forestas escondidos entre el follaje o en cuevas subterráneas; otros incandescentes, rojos y amarillos, temperamentales, arriesgados por naturaleza, pura energía como una llama, habitantes de lagos o mares borrascosos. Sin embargo algunos, a pesar de su eternidad, destiñen, se apagan, se

trasmutan. Como el jinete que cabalga sobre el lomo de un dragón y de pronto se vuelve dragón que transporta a su jinete.

También existen dragones negros de “fauces abiertas” y “alas fúnebres” que prefiguran la muerte. Pero siempre la unión como superación de opuestos donde vida y muerte se integran, mientras el arrullo de las olas se vuelve una canción postrera e inicial, al mismo tiempo. Y las profundidades del agua nos regresan a “la matriz primera...amniótica”. Vientre que nos remite como en un *continuun* a “Fénix”, último cuento, que funciona como perfecto cierre en que todos los elementos y temas del libro se integran: el amor y el dolor de la madre que perdió dos hijos -uno en la guerra de Malvinas, otro en la dictadura-; el fuego y las cenizas de los que resurgirá la vida. Madre y naturaleza. Lo femenino como raíz de todas las cosas, origen de la vida y de la creación, fuente de las tradiciones y de la memoria. Y en la imagen final, la madre que levanta la aguja con la que borda una bandera blanca, esgrimiéndola como un arma “para que flamee al viento y avive el fuego”, una bandera de paz “para el niño que late dentro de su hija”.

En cuanto a la autora, se trata de una escritora platense, profesora en Letras egresada de la Universidad Nacional de La Plata, Gabriela Casalins, quien ha publicado además otros relatos en *Cara y Ceca de la Escritura*, editado por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social. También ha recibido una mención en el concurso nacional de literatura fantástica y ciencia ficción “Ciudad de arena 2005” por “La mudanza” relato incluido en *Animalia*, y el primer premio en el tercer concurso internacional Hespérides de cuento 2005, por sus *Historias familiares*.

Queda hecha, entonces, la invitación para que “pasen y lean”.

Desde aquí, nosotros habremos contribuido, en parte, a la difusión de autores de nuestra ciudad, cuya prosa invita a una lectura en múltiples sentidos, como siempre, cuando se trata de textos literarios. Simplemente será cuestión de acercarse al libro y zambullirnos en la corriente de ese río de palabras para llegar a la otra orilla.

Bibliografía

Saramago, José (2000): *La caverna*. Buenos Aires, Alfaguara.